

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede.
«Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recentij ci-
vilitate sese reconciliare et componere.»

Proposición condenada por la Santa Sede.
«El Romano Pontifice puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 30 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias cuyo abono concluye en 28 del presente mes, se servirán renovarlo oportunamente si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

No se admite otra clase de sellos que los de franqueo ó certificado de cartas, y la administración sólo responde del recibo de los que le envíen en carta certificada.

PARTE EXTRANJERA.

Juzgando un diario oficioso de Prusia el último discurso bonapartista, decía que era manifestación del recelo que infundía en Bonaparte la alianza austro-prusiana, y es evidente, aunque ningún órgano periodístico lo haya revelado, que los diplomáticos rusos, en vista del olvido á que condena aquel discurso á la nacionalidad polaca, también habrán achacado esta cesárea inconsecuencia en materia de nacionalidades y aspiraciones legítimas de los pueblos, á un sentimiento que se precia mucho al miedo. Tampoco ha faltado periódico que inspirado por los descendientes de aquellos que crucificaron á Jesucristo, observando el estudio puesto por Bonaparte en no decir palabra que esperara rencores contra la polvareda levantada con la circular Baroche y el decreto de 3 de Enero, haya encontrado más de una semejanza entre el recelo y el laicismo de Bonaparte al tratar esta materia. En resumen, la generalidad de los periodistas y pueblos de Europa, han interpretado como manifestación de prudencia el discurso de 13 del corriente.

Sólo los periodistas italianos y el italianismo todo, han hallado imprudencia en las palabras dirigidas por Napoleón á sus senadores y diputados, tanto porque condena á la Italia á perpetua deformidad, quitándole la cabeza con decir que el convenio de marras se cumplirá, cuanto por aquella reticencia relativa al Piemonte, y de la cual la malicia de muchos ha deducido que expresaba propósitos en el águila de no atajar sus vuelos en las fronteras que hoy señalan la división entre Francia y el gran reino.

Periódico ha habido que, como el *Diritto*, echó mano á la navaja al conocer el discurso bonapartista, diciendo que él y los demás italianos son de condición muy abonada para dejar de darse mutuamente de puñaladas, y juntos enristrar contra cualquier tercero en discordia, en el momento en que éste, con apariencias de querer poner paz entre ellos, manifestara intentos de cargar con el santo y la limosna. Hasta los periódicos dulzones y que cultivan el género en que tan aventajada se manifiesta *La Epoca* de Madrid, han hecho más de una mueca comentando la parte del discurso napoleónico que á Italia se refería.

Estas manifestaciones periodísticas italianas contra la reticencia bonapartista, no sólo han tenido causa, sino que además han respondido á un sentimiento patriótico; pero nunca creímos que los gobernantes del gran reino tomaran la cosa tan en serio como demuestra el acuerdo que han tomado y que refiere un telegrama, de convertir á Turin en plaza fortificada.

No combatiremos nosotros ciertamente el impulso que mueve ahora á los italianos, pues aun en la fórmula del *Diritto* hallamos algo que despierta nuestras simpatías; pero sí debemos aprovechar su miedo de hoy para recordar á los italianismos de nuestra patria la serie de sucesos por donde el liberalismo ha conducido al reino piemontés al extremo en que se halla, y ofreciéndoselo como ejemplo, les aconsejamos que examinen el camino por donde el liberalismo los lleva á ellos.

Conociamos ya los homenajes de respeto tributados por el Sultan al Sumo Pontífice; conocíamos igualmente el tributo de admiración prestado por varias sectas protestantes al Padre Santo que acaba, de condenar nuevamente con tan apostólica firmeza los errores más perniciosos de la edad presente. Hoy conocemos el homenaje de la misma especie que en cierto modo viene á prestar á la Iglesia un diario italiano, *Il Giorni*, órgano del cisma ruso, con las siguientes palabras:

«El Papado, dice *Il Giorni*, es fiel á su institución, y aun cuando no hubiese hecho más que esto, habría prestado ya un no áble servicio al mundo entero, ten revuelto en la época presente. Si Pío IX se asemejase á Gregorio VII ó á Bonifacio VIII, se podría tachar la Enciclica de ambiciosa y arrogante. Pero Pío IX es sin duda alguna un cristiano dulce y excelente, un hombre humilde y nada turbulento; por consiguiente, es imposible atribuir esta manifestación á la individualidad del Papa, y es preciso buscar su razón en los principios mismo del Catolicismo.

Si el Papado no fuese intrínsecamente una mentira (sic, sic), en las actuales circunstancias podría decirse que es el espectáculo más magnífico que se presencia en el mundo. Un anciano débil, abandonado de los más poderosos Estados de Europa ávidos de su territorio, perseguido por una civilización furiosa, no opone á todo esto otra fuerza moral ni material que el *non possumus*, ni usa más que una palabra pacífica para rechazar á los pueblos complicados en el error. Si algo tiene de bello el Papado, es esto mismo.»

Después de copiar estas palabras, la *Unita Cattolica*, añade:

«Hemos traducido literalmente las palabras de este cismático, aun conservando sus propias blasfemias, porque sirven para demostrar más la importancia de sus confesiones y la sinceridad de sus encomios. Si las palabras de Pío IX excitaban ahora tanta admiración y tanto aplauso, ¿qué será cuando los hechos, siempre más elocuentes, hayan demostrado su valor, su magnanimidad y los servicios inmensos que ha prestado á los Gobiernos y á los pueblos?»

TELEGRAMAS.

BERN, 26.
El Rey Víctor Manuel ha firmado ayer un decreto amnistiando á los complicados en los sucesos acaecidos recientemente en Turin.

S. M. asistió al Corso y fué recibido con verdadero entusiasmo.

FRANCOFURTO, 26.
Los dos hombres de Estado de Baviera y de Sajonia, MM. Pfordten y Beust, han manifestado á sus amigos, de un modo muy decidido y terminante, que esperan tan sólo el resultado de las negociaciones entre Prusia y Austria sobre sucesión de los Ducados para ocuparse y proceder á formar una confederación dentro de la misma confederación germánica.

ROMA, 26.
La Santa Sede de acuerdo con el Gabinete de las Tullerías ha dado por definitivamente terminado el asunto del Nuncio de París. La primera ha desaprobado las cartas dirigidas por el Cardenal Chigi á los Obispos de Poitiers y Orleans.

NEW-YORK, 17.
El general Sherman ha pasado por Branchville, ha tomado á Orangeburg, habiendo salido el ejército de este último punto para desembarcar en la isla de James, al Sur de Charleston.

Empiezan de nuevo las operaciones militares contra Wilmington.

Mr. Tesserer encarece al Congreso la necesidad de contraer un empréstito de 600 millones de dólares.

El oro está á 203 3/4.

REMBOURG (sin fecha).
La Asamblea ha expresado su confianza al duque de Augustenburgo para que éste en representación del país termine con Prusia los tratados que se crean convenientes á los intereses de Alemania.

NEW-YORK, 17.
El general confederado Hardee anuncia que el 13 los federales rompieron las líneas del ejército del Sur en la isla de James; que al día siguiente los confederados se opusieron, pero que el ejército del Norte se mantuvo aún fuerte en la isla citada.

El periódico titulado *El Centinela* de Richmond, dice que Branchville ha sido probablemente evacuada.

Han sido rechazados tres ataques contra Wilmington.

Se asegura que Sherman ha llegado hasta Florence.

El Gobierno mejicano ha desechado el plan de colonización de Guinn, temiendo que el establecimiento de una colonia confederada reporte graves complicaciones.

BERLIN, 27.

El Rey no ha permitido aún mandar á Viena la parte de las peticiones referente á las ventajas militares, marítimas y comerciales que Prusia se cree en derecho de reclamar á Austria respecto de los Ducados.

Se niega toda la exactitud sobre la noticia que echó á volar un periódico en que se decía que el Emperador Francisco José se pronunciara en pró de las demandas de Prusia.

PARIS, 27.

El dictador Langiewicz ha sido puesto en libertad, y fijará su residencia en Soleure.

NEW-YORK, 17.

Juarez se ha refugiado en la Sonora.

Parodi se ha puesto en marcha para combatir á las tropas imperiales.

BERNA, 27.

Ha circulado el rumor de que Turin va á ser fortificado, y esta noticia ha hecho bajar al empréstito italiano.

También se confirma que el nuevo empréstito será de 500 millones de francos.

PARIS, 27.

En la Bolsa hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, á 42 0/0; 3 exterior, á 00 0/0; la diferida á 00 0/0; la amortizable á 00 0/0; 3 por 100 frances á 67 75; y el 4 1/2 á 97.

Los consolidados ingleses, quedaban de 89 1/8 á 1/4.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 28 DE FEBRERO DE 1865.

Con mayor desahogo del que nos ha permitido la necesidad de reproducir extensamente los últimos debates parlamentarios, reanudamos hoy la interrumpida publicación de instrucciones pastorales de nuestros reverendos Prelados acerca de la Enciclica *Quanta cura* y adjunto *Syllabus*.

Empezamos con la del dignísimo señor Obispo de Calahorra, electo de Jaén, y continuaremos insertando igualmente las de otros señores Prelados que al efecto tenemos preparadas. No queriendo de manera alguna mutilar ninguno de estos documentos, ni pudiendo tampoco reproducir íntegros de una sola vez los que tienen cierta extensión, nos vemos obligados á hacerlos dividiéndolos en trozos proporcionados al espacio de que podamos disponer.

De cualquier modo que fuere, nuestros lectores comprenden, sin necesidad de explicación alguna, la altísima conveniencia de que cooperemos en cuanto esté de nuestra parte á que por todo el pueblo español sean conocidas estas venerables palabras del Episcopado.

Ellas son, ante todo, la interpretación auténtica de las doctrinas proclamadas por el hecho de la condenación de errores opuestos á las mismas. En las Pastorales de nuestros Obispos debemos estudiar la índole, el alcance y el verdadero asunto de esa condenación de errores contrarios á la fe, enseñanza, disciplina, gerarquía y derechos de la Iglesia. En esas Pastorales está la refutación autorizada de tanto sofisma como la revolución ha acumulado para desautorizar la palabra doctrinal del Supremo Gerarca, y está igualmente la protesta más valerosa contra las injurias, diatribas é irreverencias de todo género prodigadas tan á mansalva por un periodismo insolentemente desenfrenado.

Junto con esto, las referidas Pastorales son la más indiscutible y contundente réplica que puede darse al cismático prurito de cierta jurisprudencia tan pedantesca como trasnochada que, bajo el especioso nombre de *regalias de la Corona* y de legalidad vigente, se encamina nada menos que á perturbar é impedir el libre ejercicio de las santas prerogativas de la Iglesia.

Por último, esos documentos son los actos con que nuestros Obispos han afirmado y realizado la sagrada libertad de la misma Iglesia, y deben quedar consignados como antecedentes que será forzoso tomar en cuenta cuando quiera que en adelante ocurriesen ya casos análogos.

Bajo todos estos conceptos, las citadas Pastorales entran de lleno en el catálogo de los documentos que deben consultar y reverenciar cuantos de buena fe quieran profesar los sanos principios de derecho público, singularmente en lo que toca al orden de relaciones entre la Iglesia y el Estado.

En el vecino Imperio se ha comprendido tan perfectamente la importancia de estas observaciones, que se ha publicado una edición de todas las cartas privadas y documentos Pastorales expedidos con este motivo por los Prelados de Francia.

¡Oh! Cuando vemos esta gran batalla que la Iglesia está dando en nombre de la libertad más santa que existe en la tierra, y luego la comparamos á la censura que de tan glorioso combate están haciendo los que se llaman defensores de la libertad, no sabemos qué admirar más hondamente, si la estupidez de los liberales, ó la malignidad de sus preocupaciones.

Defensa del Pontificado, en forma de Pastoral, dirigida por el Obispo de Calahorra y La Calzada al Clero y á los fieles de su diócesis, con motivo de la Enciclica de Su Santidad el Papa Pío IX dada el día 8 Diciembre de 1864.

NOS EL DOCTOR D. ANTON MONESCILLO, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE CALAHORRA Y LA CALZADA, ELECTO DE JAÉN, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

A nuestro venerable Clero, y á todos los fieles de la diócesis, salud, gracia, paz y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

«Vos autem quoniam me esse dicitis? Respondens Simon Petrus dixit: Tu es Christus, Filius Dei vivi.»

(Math. XVI, 15, 16.)

Ya sabéis, amados diocesanos, cuán grande ha sido la misericordia del Señor para nosotros, visitándonos poco há por medio de un paternal recuerdo, apartándonos con mano benigna del borde del sepulcro y concediéndonos á tan inútil siervo una tréguera más de vida, que ojalá acertiésemos á emplear en su servicio, dándole honra y gloria según la medida de nuestros escasos talentos; preciosos no obstante si se atiende á

que los dispensa el Supremo Señor de todos los dones y mercedes. *Omne datum optimum deservum est, descendens á Patre luminum.* Hemos juzgado la conducta de Dios con nosotros, especialmente en esta ocasión, como un saludable apercibimiento con el cual nos advierte y excita á la vigilancia cristiana, y á la solicitud pastoral.

Sabéis también que á pesar de la postración física á que nos redujo la prueba benignísima con que el Dios de las piedades se dignó favorecernos, procuramos llenar aquellas funciones del ministerio apostólico que de alguna manera podíamos cumplir, acudiendo á todas partes con la buena voluntad y presteza que reclama de nosotros el encargo de vigilantes que ejercemos por la gracia de Dios y de la Santa Sede.

Si haber conseguido todavía el restablecimiento de nuestra salud, siquiera en aquel grado de padecer con que suelen molestaros los males crónicos que mucho há sufrimos, vienen ahora de tal manera los sucesos y tal es su magnitud que sentimos interiormente movido nuestro ánimo á tomar una actitud defensiva en la lucha empeñada por el error y por el mal, contra la santa verdad y contra la eterna justicia; y correspondiendo á esta emoción, obedecemos á lo que nos dicta nuestro corazón de católico y á las inspiraciones de nuestra fe de Obispo. Nos alienta además á emprender este camino el ejemplo que recibimos de nuestros venerables hermanos los Prelados españoles y los de toda la cristiandad. Y no hay quien ignore que si bien serán de escaso mérito nuestros débiles esfuerzos después de la gloria que reporta la Iglesia católica de las defensas hechas cada día por muchos de sus Obispos, debemos no obstante colocarnos en tal posición que se nos tenga por alistados entre los que suspiran de alma, vida y corazón por la libertad de la Iglesia.

Después de haber alzado nuestra débil voz en diferentes ocasiones, con vario motivo y acerca de multitud de materias, procurando reducirlas todas á un centro común, á saber, á la idea de la Divinidad de Jesucristo viviendo en su Iglesia Santa, todavía aconsejamos las circunstancias y dan ocasión las contiendas humanas á tratar el mismo asunto siempre antiguo, nuevo siempre y muy propio para inspirar sentimientos grandes y elevados en el corazón de las naciones cristianas.

Todo cuanto puede enseñarse y desde el principio se enseñó en la Iglesia católica está contenido en la confesión franca é ingenua de uno de los discípulos de Cristo, retribuida liberalmente por su Divino Maestro con la jefatura universal de la Iglesia católica; sólo por haberle confesado Hijo de Dios y respondido á las preguntas cariñosas del Maestro diciendo: *Tú sabes que te amo.*

Ya sabéis que cuando los hombres estaban divididos en señalar quien era el Hijo del Hombre, indicando unos al Bautista, otros á Elías, á Jeremías ó alguno de los Profetas; levanta su voz segura, sincera y poderosa aquel de los Apóstoles que era llamado Pedro, piedra sólida, roca inamovible y fundamento perdurable del entonces futuro edificio de la Iglesia, y acaba de una vez y dirime con discreción las nacientes dudas con sólo decir dirigiéndose á su divino interpele: *Tú eres Cristo Hijo de Dios vivo.*

La conducta observada por Pedro es á la vez la conducta y el encargo de Pío IX sobre la tierra: Vicario de Jesucristo como lo fué San Pedro, con igual potestad de atar y desatar, de regir y gobernar la Iglesia católica, de apacentar á toda la grey cristiana, lo mismo á los Reyes, á los Emperadores y Príncipes que á los pueblos que los están sometidos; é igualmente á los Pastores que al rebaño místico cuya solicitud les está encomendada. Goza pues el Romano Pontífice, por derecho divino, de la prerogativa de Maestro, Doctor y Padre así de los Príncipes y de las naciones como de los Obispos y de todos los cristianos. Jefe universal de la Iglesia Universal, es Jefe Supremo con juicio inapelable.

En virtud de su pastoral universal repite cada día y á cada hora el Papa Pío IX la voz de los siglos cristianos confesando que Cristo es Hijo de Dios vivo; que Cristo es Dios de Dios, Dios verdadero y verdadero hombre; que allí está la verdad donde está la enseñanza de Cristo, que es la verdad misma, *ego sum veritas*; que todo sistema, todo empeño, toda gestión que contradiga á la doctrina de Cristo ó no se conforme con aquella confesión: *Tú eres Cristo Hijo de Dios vivo*, tiene por necesidad que ser calificada de anti-católica.

Nace de aquí espontáneamente la verdadera idea del Pontificado revestido con todas las condiciones de su propio ser en soberanía de régimen y Gobierno, en infalibilidad de enseñanza, en seguridad de doctrina y en firmeza de propósitos.

De la misma manera resulta evidentemente que el Papa al dirigir y gobernar la Iglesia dispone por condición de su propio encargo de todos los medios y recursos que necesita para hacerse oír, escuchar y obedecer; que al enseñar y proponer doctrinas de salvación, cuenta con todas las promesas y seguridades que há menester para que el mundo todo quede confirmado en la fe y en la profesión cristiana.

Es propio de la constitución divina del Pontificado, que su magisterio universal é ilimitado produzca hechos dogmáticos y morales independientes de todo juicio humano, superiores á toda humana potestad, y por lo mismo no justiciables de los Gobiernos ni de los poderosos del siglo.

Es claro á toda luz que Pío IX, gobernando y apacentando á la grey cristiana, en concepto de Doctor universal, es aquel á quien Jesucristo dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y contra ella no prevalecerán las puertas del infierno.» Es aquel á quien dió el encargo de apacentar á corderos y ovejas, diciéndole: *pascere agnos meos; pascere oves meas.* Es también aquel á quien el Salvador dió

potestad de confirmar á sus hermanos los Apóstoles es decir, á los sucesores de los Apóstoles, como Pedro confirmaba á sus hermanos en el apostolado: *confirmo fratres tuos.*

Estas prerogativas del Vicario de Cristo constituyen todo el fondo y economía de la Iglesia católica, concedidas como fueron á Pedro por haber confesado la divinidad de su Maestro, y declarándole un amor sobre el que le tenían los demás Apóstoles.

Esta doctrina, enseñada en el mismo Evangelio, seguida por todos los doctores católicos y simbolizada en la entrega de las llaves hecha en particular á Pedro, no puede sujetarse á ningún género de discusión, sin peligro de caer en cisma ó en heregia. Por consiguiente, la conducta observada por el Pontificado, que vive en la persona de Pío IX, Papa reinante, forma hasta el día el último de los anillos que mantienen una y siempre unida la cadena de glorias y consuelos, fruto necesario de aquella confesión valerosa y de aquella declaración entrañable. *Tú eres Cristo Hijo de Dios vivo. Ya sabes que yo te amo.*

Lo que fué desde luego es hasta hoy, lo que se ve y continúa realizándose, ha de ser siempre hasta la consumación de los siglos.

Desconocer ó negar cada una de estas afirmaciones equivale á negar la Iglesia y á negar á Jesucristo, á quien confesó Pedro, á quien Pedro amó, y quien á su vez declaró con generosa correspondencia que su confesor sería fundamento indelible de un edificio eterno.

Vive la persona, y en ella vive y habla la institución. Pío IX es el Pedro del siglo XIX, como el Pontificado en el siglo XIX es el Pontificado de los primeros días del Cristianismo. Afanarse porque aparezca á la vista de los hombres, aun míopes ó perturbados, neo el Papa, y neo el Pontificado, equivale á levantar, en medio del mundo, y ante el sentido común, una sola y propia condenación. En verdad, ¿no llevan un mismo derrotar las ideas y la jactancia de condenar al Papa como neo, con las ideas y la insensatez de remitir su nobilísima figura á la Edad-media? ¿No se busca el parecido de Pío IX entre los retratos de Hildebrando, esto es, de San Gregorio VII, de Inocencio III, de Bonifacio VIII, de Paulo III, y de mil otros, y en nuestros días de Gregorio XVI, cuyas lecciones y ejemplos se dice reproducir el Pontífice que felizmente nos gobierna y apacienta? Pues bien: ¿en qué quedamos? Si es neo, ¿cómo se le coloca en la galería de retratos de la Edad-media? Si pertenece á la Edad-media, ¿por qué se le titula neo? He aquí lo que llamábamos poco há *levantar acta de propia condenación.*

Lo que hay de verdad, es que Pío IX, como San Gregorio VII y como San Pedro, dice á Cristo: *Tú eres Cristo Hijo de Dios vivo*; y dá testimonio á la doctrina de Cristo, calificando, enseñando, corrigiendo y dirimiendo disputas con decir cuál es verdadera, cuál errónea, cuál herética, cuál otra sospechosa. De donde aparece claro como el sol del medio día que al dirigirse el Romano Pontífice á sus hermanos en la solicitud Pastoral, dándoles enseñanza, avisos y confirmando en la fe, ejercita una acción propia del Pontificado, usa de un derecho diez y nueve veces secular, ejerce prerogativas que serán nuevas por su vigor en el último día de la consumación de los siglos, como fueron antiguísimas por certeza de perpetuidad en el instante mismo de ser otorgadas. Por consiguiente, lo que procede en los autos formados contra el Pontífice es, ó acusarle de novador, ó condenarle por retrógrado. No hay medio; si es neo, en vano se desclava su admirable lienzo del cuadro de la moderna civilización para llevarle arrollado al de la Edad-media.

¿Por ventura es culpa de Pío IX que hayan aparecido ante su vista y se interpongan en la marcha pacífica de su glorioso reinado hombres como Enrique IV, como Juan Sintierra, Felipe el Hermoso, Enrique VIII, Napoleón y otros que le hayan hecho tomar la actitud, invocar las doctrinas y usar de los fueros que hicieron valer siempre los Pontífices, llamándose Gregorios, Inocencios ó Píos? La novedad es feo y desdichado mote para escudo de armas de un Papa. La tal desdichada es el carácter del error que justamente ha venido á condenar la divina institución del Papado. Todo concluirá en el momento preciso de someterse los hijos discolos á su amoroso Padre. Este es sencillamente expuesto el estado de la cuestión.

Cada día se nos habla de los abusos del Pontificado, trayendo á cuento, sin conocerla bien, la cuestión de las investiduras y lo que ha dado en llamarse destronamiento de los Reyes por los Papas. Y como si se pretendiera alarmar á los Reyes y á los pueblos contra la institución del Pontificado, se recuerda con insistencia lo que hicieron los Pontífices en la Edad media para concluir de esto que lo mismo intentan sus últimos sucesores. Esto en verdad no es vituperable; lo es la falta de criterio histórico, lo es la inexactitud, lo es la completa ignorancia que no sabe distinguir unos tiempos de otros ni señalar las diferentes circunstancias, ya que en aquella época como en la presente y en las venideras la doctrina fué y será una y la misma. Cabalmente el capítulo que la revolución señala como de culpas en el Pontificado es un timbre glorioso para esta paternal institución. El derecho público vigente en aquellos tiempos puso en manos y bajo el amoroso arbitraje del Pontificado el arma benéfica que defendió á los Reyes y á los pueblos contra agresiones extrañas, salvándolos de guerras intestinas. Eran los Papas agenos por completo á toda mira de ambición: lo eran tanto como los Reyes y los pueblos fueron interesados en que su tutela y protección estuviese bajo el amparo de la autoridad Pontificia.

Y sin embargo los Papas usando discreta y santamente de los derechos entonces reconocidos, en orden á la deposición de los Reyes, no hicieron otra cosa, y

esto como jueces natos en la materia, que declarar cuando, en qué casos y circunstancias cesaba la obligación de los súbditos de cumplir el juramento de fidelidad prestado á los Reyes. Era cuestión religiosa, cuestión puramente teológica, era precisamente punto de calificación y censura de proposiciones defendidas, ó de conducta observada. Como si dijéramos, se hallaban los Papas en el caso de decir con San Pedro: *Tú eres Cristo Hijo de Dios vivo*, ó de afirmar con Pío IX: que el Papa no puede ni debe reconciliarse con la llamada civilización moderna.

Tenemos, pues, colocado á Pío IX en el lugar cronológico que ocupa San Pedro, y oímos á San Pedro que habla por boca de Pío IX. De esta manera se explican todos los siglos cristianos, continuando la tradición constante reducida en dos palabras á una imitación célebre histórica: *Petrus per Pium IX locutus est*.

Siempre oyeron los Reyes por boca de los Pontífices lo que tanto impresionó á los poderosos del mundo, llamáranse Attilas, Euriques ó Napoleones.

Por consiguiente la conducta de Pío IX repartiendo enseñanzas, prodigando avisos y calificando doctrinas, es tanto más gloriosa, cuanto más admira la fe, el valor, la sencillez y la entonación con que habla á un mundo en parte profundamente conmovido, perturbado con frecuencia por pasiones violentas y muchas veces maldiciente y blasfemo.

Si de la cuestión de conducta y gobierno, esto es de la idea personal de Pío IX pasamos á su conducta doctrinal ó á su magisterio, encontremos que el Papa fuerte en la palabra de Dios, tomando el acento de los Profetas y la expresión del Pontífice, Cristo Señor nuestro, no habla pensamiento propio, no inventa sistemas, no crea situaciones ni produce novedades de ninguna especie; sino que eco autorizado é intérprete de la palabra de Dios, la difunde por las naciones siguiendo además la tradición del Papado en confirmar sus enseñanzas con la doctrina de los Santos Padres y de los Doctores católicos. Esto precisamente es lo que aparece en los actos de Pío IX que jefe Supremo de la Iglesia. Debieran por lo mismo avergonzarse ante las personas cultas quienes vituperando al Pontificado acritan ignorar la historia del género humano en el hecho de aventurar especies indignas de todo hombre honrado.

Tenemos pues que el Pontificado es de institución divina; la fe del Pontificado no faltará; la vida del Pontificado durará hasta la consumación de los siglos y hasta entonces conocerán las naciones que Cristo rogó á su Eterno Padre para que no faltara la fe de Pedro, porque en efecto prevalecerá á pesar de las pérdidas de sus mismos hijos, á pesar de los desastres cometidos contra la Iglesia por los Emperadores y á pesar también de los recursos insidiosos que se emplean en favor de la mentira y de la iniquidad.

Figuraos un Pontificado sin esta fe y sin esta vida. ¿Creéis vosotros que de todo dudáis en esa institución? ¿No creéis en ella? Y en cualquiera de los dos casos ¿tenéis por generoso, liberal y noble irritaros contra una quimera y combatir á un fantasma?

Lleved más adelante la idea y concretad la cuestión á la misma Augusta Persona que hoy en la tierra del encargo divino de apacientar á todas las gentes, en todo lugar y tiempo. Fingid temerariamente que este hombre, Pontífice á la vez, y Maestro, oye bramar la tempestad contra la navicula de la cual es Piloto, y no congoja esa tempestad; presencia la crueldad de los poderosos y no la reprueba; tiene conocimiento del error y del sofisma y no lo condena ni siquiera lo descubre; oye los quejidos del pobre, del huérfano y del menor abandonado y no enjuga lágrimas tan preciosas; vé que se adelanta el guerrero lleno de ambición y que dá mano amiga al usurpador atrevido, y el cruce los brazos esperando los hechos de la fuerza y las conquistas de la fortuna como orígenes del derecho; sabe como todo el mundo, y mejor que todo el mundo, y con obligación sagrada de hablar y de instruir previniendo y corrigiendo donde está el mal, don le la impostura, dónde el cisma y la herejía y también cuál es el remedio; y sin embargo, este hombre calla, tolera, transige y dá motivos para creer que aprueba tal cúmulo de maldades, de crímenes y de horribles pecados. Una institución soberana sin autoridad suprema, ó una autoridad suprema sin fueros ni ejercicio, sería un mero simulacro de institución y de autoridad. En cosas de Religión y pertenecientes á la Iglesia no puede admitirse tal concepto sin nota de insensatez y de blasfemia. Ahora bien: ¿negáis esa institución y esa autoridad? Entonces os colocáis fuera de la Iglesia católica. Creéis vosotros, vosotros los mismos incrédulos en ese Pontífice y á ese Pontífice? Pues nosotros, en tan absurda como impía suposición histórica, no creeríamos en ese Pontífice ni á ese Pontífice.

Y ved porque siendo el hecho culminante de los siglos la institución del Pontificado y una realidad personalmente histórica la existencia del Pontífice, queremos nosotros con ilustración superior á la vuestra que ese Pontífice hable y defina, determine, falle y corrija; le queremos verdadero Jefe y Maestro con derecho y misión para enseñarnos; y queriendo esto determinamos nuestra voluntad racional y prudente hacia un objeto digno de todos los homenajes humanos y de la obediencia más cumplida.

¿Qué veis en nuestra conducta de sumisión y de amor que sea vituperable é indigno del hombre? ¿No es por el contrario propio de un entumecimiento ilustrado conocer aquello que debe quemarse y lo que debe ser adorado, ó habremos de buscar en los tiempos que corren vanos motivos para contentar á vanidosos adoradores? No hay que dudarlo: por no venerar cosas venerandas, se postra la incredulidad moderna ante mil dioses de barro. Y á todo esto cuando alguno de los discípulos en la escuela revolucionaria se permite la libertad de juzgar en sentido contrario que su tribunal docente, no tarda el consejo de mayores en fulminar contra aquel un anatema mirado con horror cuando procede de un Pontífice. La contradicción es manifiesta; la consecuencia vergonzosa para todo hombre de buen sentido.

Sentados estos principios y admitida la hipótesis que viene señalada, ¿cómo se disputa y desconoce en Pío IX el derecho á la vez que la obligación de velar por la grey cristiana que le está encomendada? ¿Cómo no se honra en su fe y en el valor de proclamarla la dignidad del hombre y la magestad del Vicario de Jesucristo? ¿Cómo no se celebra esa tranquilidad de ánimo, esa firmeza de espíritu, ese mirar con vista imperturbable hacia todas partes alzando la voz contra los poderosos del mundo, Reyes ó Emperadores, filósofos ó diplomáticos, estadistas ó letrados? ¿Hay por ventura una personalidad que así disponga de la vida moral de todas las naciones, poniendo á merced

de su palabra, y reduciendo, bajo la influencia de su voz, al estado de perplejidad y aun de perturbación el ánimo de los más despreocupados? Creemos que con sólo examinar este fenómeno queda rematada la apología del Pontificado y hecho el bosquejo de la augusta persona de Pío IX. Ved si no cómo habla con el Emperador de Rusia, observad su conducta ingenua y sencilla cerca de un Imperio lujoso en sus soluciones doctrinarias-sustitutas; sin que perdáis de vista esa manera resuelta de llevar las negociaciones, con un Príncipe hoy adulado y querido, mediante la sola contemplación de avisarle y prevenirle, condenando luego su verdadera terquedad. No proceden así los hombres de poca fe, de escaso valor y de estrechas miras. Esta conducta está reservada á los hombres providenciales, y los Papas fueron siempre hijos de la Providencia y viva imagen de la misma Providencia.

El retrato moral de los Papas, señaladamente de los que reinaron en la Edad-media, no sólo ha sido bosquejado por los historiadores católicos y por aquellos á quienes por el estilo moderno se llama *neos*, sino que los hombres más ilustres que pertenecen á las comuniones disidentes han tomado poco há el encargo de completar aquellas nobilísimas figuras con la propiedad y el colorido que sabe emplear en las obras de justicia y de arte un talento ilustre y bien intencionado. ¿Quién desconoce ya en Europa la *Historia de San Gregorio VII*, escrita por el protestante Voigt? ¿Hay estadista que no haya consultado la *Historia del Papa Inocencio III*, dada á luz por el protestante Federico Huter? ¿No son vulgares en España las *Cartas de William Cobet sobre la reforma protestante*?

Y para no citar á cien autores de mil obras todas ellas apologéticas del Pontificado, ¿hay ya en el mundo quien se atreva á reproducir las torpes calumnias del protestantismo, hijo de la mentira y del crimen, contra el Pontificado, hijo de la verdad y salvador del mundo? Puesto que no bastaría un volumen en folio para comprobar, aun por medio de remisiones, asertos ya notorios, citaremos uno después de otro varios testimonios que la moderna civilización no deseará como quiera que parlen de centros n- da sospechosos y de inteligencias no fanatizadas. «Desde el siglo V, dice el protestante Guizot, contaba el Clero cristiano con un medio poderoso de influencia. Los Obispos y los clérigos llegaron á ser los primeros magistrados municipales; y no quedaba, hablando propiamente, del Imperio romano, si no el régimen municipal; ocurrió por las vejaciones del despotismo y la ruina de las ciudades que los curiales ó miembros de los cuerpos municipales cayeron en el desaliento y apatía. Los Obispos, al contrario, y el cuerpo de los Sacerdotes llenos de vida y de celo se ofrecían naturalmente á velar por todo y á dirigir todas las cosas. Inconveniente sería inculparlos por esto y tratarlos de usurpadores: así lo exigía el curso natural de las cosas: el Clero sólo era moralmente fuerte y animado y llegó á ser poderoso en todas partes. Tal es la ley del universo... Por de pronto fué una ventaja inmensa la presencia de una influencia moral, de una fuerza también moral, de una fuerza que descansaba únicamente sobre las convicciones, sobre las creencias y los sentimientos morales, en medio de un diluvio de fuerza material que en aquella época vino á caer sobre la sociedad. Si la Iglesia cristiana no hubiera existido, el mundo entero hubiera sido presa de sola la fuerza material. La Iglesia únicamente ejercía un poder moral. Hacia más: mantenía y propagaba la idea de una regla y de una ley superior á todas las leyes humanas; profesaba la creencia fundamental para la salud de la humanidad, que hay sobre todas las leyes humanas, una ley llamada según los tiempos y las costumbres, ya la razón, ya el derecho divino; pero que siempre y en todas partes es la misma ley bajo diversos nombres.» (*Historie generale de la civilisation en Europe*, 2.^a leçon) Como se ve por tan claro prisma, la Iglesia católica ha sido en todo tiempo, y en virtud de su influencia benigna, liberalísima y santa, el baluarte de todas las libertades dignas de este nombre. En otro lugar de la obra citada manifiesta el mismo autor cuán saludable fué la influencia de la Iglesia y del Clero sobre la civilización europea á contar del siglo V al X.

«La Iglesia, dice, era una sociedad regularmente constituida con sus principios, con sus reglas y disciplina, la cual sentía una necesidad vehementemente por extender su influencia y conquistar á sus mismos conquistadores. Había en el Clero cristiano y entre los fieles de aquella época quienes habían pensado en todo, lo mismo en las cuestiones morales que políticas; tenían sobre todas las cosas opiniones fijas, sentimientos enérgicos y un vivo deseo de propagarlas y hacerlas prevalecer. Jamás hubo sociedad, al lado de la de la Iglesia, que hiciese los esfuerzos que la Iglesia cristiana hizo del siglo V al X por asimilarse el mundo exterior.... En cierta manera atacó la barbarie por todos sus flancos para civilizarla dominando. En España es la Iglesia misma quien ensaya reconstruir la civilización. En vez de las antiguas asambleas germánicas prevaleció en España un Concilio de Toledo; y en el Concilio aunque se encontraban seglares de distinción, los Obispos son quienes dominan. Abrió el código de los visigodos: no es esta una ley bárbara; evidentemente está redactada por los filósofos de la época, á saber, por el Clero. Tal ley abunda en ideas generales, en teorías, y en teorías completamente extrañas á las costumbres bárbaras.... En una palabra, toda la ley visigoda lleva un carácter sabio, sistemático y social. Se conoce en ella la obra de aquel mismo Clero que prevalece en los Concilios de Toledo, ó influye tan poderosamente en el gobierno de la sociedad.» (3.^a leçon.) Oída la palabra del pausado disidente Guizot, se cubre el rostro de vergüenza al contemplar que los hijos de los católicos continúan vituperando la acción de la Iglesia sobre la sociedad, añadiendo á la ignorancia y á la injusticia el insulto y la calumnia. Y como al tratar del Pontificado no hay palabra halagüeña y bien sonante que no haya suya la revolución y la incredulidad para excitar odios y menosprecio contra la Iglesia, todavía hemos de tomar prestado al protestante Guizot su pensamiento y estilo para que resalte la verdad en el asunto que tratamos. En primer lugar, hé aquí cómo fórmula su resumen acerca de la influencia de la Iglesia en la sociedad. «He indicado como elementos fundamentales de nuestra civilización el régimen municipal, el régimen feudal, la Monarquía y la Iglesia. El régimen municipal no era en el siglo V otra cosa que una ruina del Imperio romano, una sombra sin vida y sin forma determinada. El régimen feudal no salía aún del caos.

«La monarquía existía sólo de nombre. Todos los elementos civiles de la sociedad moderna estaban, ó en decadencia, ó en la infancia. La Iglesia únicamente

te era á la vez joven y constituida; ella sola había adquirido una forma definitiva y conservaba todo el vigor de la primera edad; sola, ella sola poseía á un tiempo el movimiento y el orden, la energía y la regla; es decir, los dos grandes medios de influencia. Ahora bien; pregunto: ¿no es por la vida moral, por el movimiento interior, de una parte, y por el orden y la disciplina, de la otra, como las instituciones se apoderan de las sociedades? La Iglesia había suscitado además todas las cuestiones que interesan al hombre, se había desvelado por resolver todos los problemas de su naturaleza y todas las vicisitudes de su destino; tanto que su influencia sobre la civilización moderna ha sido grandísima, mayor tal vez que la han ponderado sus más ardientes adversarios, ó sus defensores más celosos; porque ocupados en favorecerla ó combatirla no la han considerado si no bajo un punto de vista polémico, y no han sabido, según creo, ni juzgarla con equidad ni medirla en toda su extensión.» Aparte del criterio doctrinario ecléctico con que monsieur Guizot habla de los enemigos y de los amigos de la Iglesia, bien puede darse traslado de su juicio histórico á los muchos que creen conocer el mundo, la constitución de las sociedades y el rumbo de las cosas humanas con sólo hablar de civilización ó de barbarie. Manera cómoda por cierto de darse en espectáculo de ilustrados!

(Se continuará.)

Hace dos ó tres días que los órganos revolucionarios están poniendo el grito en el cielo á consecuencia de haberse prohibido en Barcelona la publicación de una obra titulada *Historia de las Inquisiciones*, por D. José de Mesa y Leompart. No queremos referirnos particularmente á ninguno de los periódicos que en aquel sentido se han ocupado en este asunto, tanto más cuanto que alguno de ellos ha sufrido una denuncia por esta causa y los tribunales cumpliendo con su deber harán inútil la refutación del inícuo proceder de aquellos órganos de la opinión. Entre tanto, sepan nuestros lectores que la tal *Historia de las Inquisiciones* es lo más notable que se ha escrito en la materia hasta el punto de dejar muy atrás al célebre D. Antonio Lorente y al arminiano Felipe Limbort: no hay en la primera entrega, que es la única publicada, una sola línea que no sea superlativamente detestable, y las láminas de lo más escogido para concitar los ánimos contra la Iglesia, el Papa y el Clero. En fin, el *bienaventurado* Sr. Mesa y Leompart ha hecho una obra modelo en el género revolucionario y atentatorio contra el orden y la fe. No es extraño; para que la revolución triunfe, es preciso destruir la fe que tan arraigada está en nuestra patria, y por tanto el proceder es lógico. Pero el autor no había contado sin duda con la probidad y el celo del digno señor fiscal de imprenta de Barcelona, D. Alejo Aguilera, que no pudo menos de prohibir tamaño aborto de impiedad á vista de la primera entrega que como muestra se ha repartido.

Para que nuestros lectores vayan formando idea de los manejos de la revolución, bueno es que, además de tener en cuenta que el asunto de que tratamos ha excitado la bilis de algunos periódicos de esta corte como ántes indicamos, sepan también la notable circunstancia de haberse tirado la triolera de diez y seis mil ejemplares de la primera entrega, cuya impresión se ha pagado á doble precio del que comúnmente cuestan las publicaciones de ese género, siendo pobre el autor y pobre también el editor de la obra. ¿Estamos?

Como continuación del párrafo anterior, viene como de molde que demos á nuestros lectores otra noticia de índole semejante. Es el caso que los demócratas del *Ateneo catalán* de Barcelona, satisfechos sin duda del éxito de la gloriosa empresa de la publicación de su almanaque democrático para 1864, han querido este año repetir la fiesta, publicando otra obra maestra de democracia y de impiedad; es decir, otro almanaque democrático para el presente año, que tal vez supera en bondad democrática al del año anterior. Dicese que no se pensaba en publicar almanaque por este año; pero aprovechando sin duda las circunstancias y cierta exaltación que reinaba en las masas con ocasión de pretexto del anticipo, se resolvió publicarlo. Apareció, pues, el citado almanaque el día 21 de Febrero. Presentáronse en casa del señor fiscal el editor y otros dos señores á entregar el ejemplar que previene la ley y exigir recibo de la entrega, pero como el señor fiscal se negase á darlo, el editor se formalizó, sacó el reloj, miró la hora, y dijo á sus acompañantes, que fueran testigos de la entrega del ejemplar. El señor fiscal les advirtió que se abstuviesen de publicarlo hasta que obtuviese la aprobación, pero ellos insistieron en que cumplieran la ley publicándolo después de la entrega. Acto seguido el fiscal pasó á enterar de lo ocurrido al gobernador civil, y ya en el camino encontraron gente que vendían el almanaque. El señor gobernador prohibió inmediatamente la publicación del mismo, é impuso al editor la multa de 2,000 rs.

Las acertadas disposiciones de aquella digna autoridad hicieron que se impidiese momentáneamente la circulación de ese monstruoso parto de los demócratas del *Ateneo catalán*; pero no ha impedido que los bullangueros se irriten y bramen contra tan justas medidas, lo cual es sin duda muy honroso y debe ser muy satisfactorio para el señor gobernador.

Entre los firmantes de los artículos que contiene el tal Almanaque, figuran: el Sr. Monturiol, padre de aquel *Pez tetneo* que ha de navegar debajo del agua, y el Sr. Clavé, general en jefe de los célebres *coros* que navegan por encima de la tierra.

Todos los días se nos está haciendo el cargo de que involucramos la religión con la política y que nos valemos de aquella para conseguir no sabemos qué fines en orden á esta, y ya saben nuestros lectores por qué periódicos y por qué causas suele dirigirse tan injusto cargo. Por lo visto esta no es sólo una mala maña de los *neos*, ántes al contrario, los que más vociferan contra nosotros en aquel sentido, son cabalmente los que continuamente nos dan el ejemplo de barajar á todo su gusto lo religioso y lo político, lo divino y lo humano. Hoy, por ejemplo, *La Iberia* publica una carta de los electores del distrito de Maravillas, dirigida á su querido amigo D. Innocente Ortiz y Casado, diputado provincial, editor que fué de *La Iberia* y prófugo en la actualidad por una causa que se sigue contra aquel diario por delito de *lesa majestad*, en la cual carta le dicen los *benitos* electores, entre otras cosas lo siguiente:

«Tú, diputado provincial por la Universidad y vicepresidente de nuestra junta de Maravillas, estás seguro de que sentimos lo que sufres por hacer la defensa de la doctrina del Crucificado en el periódico *La Iberia*».

¿Puede hacerse mayor escarnio de la doctrina del Crucificado que pretender encubrir con ella un delito, no sólo político, sino moral, cual es el de atacar á la persona del Monarca como cree el señor juez que se atacaba «en la carta aquella, según dice *La Iberia*, en que se hablaba de aquellos personajes?» ¿Puede darse mayor cinismo que decir que *La Iberia*, periódico eminentemente revolucionario, defiende la doctrina del Crucificado? Si no queréis confundir la religión con la política, si esta nada tiene que ver con aquella, si esto estáis diciendo todos los días en todos los tonos é inculpándonos á nosotros porque no queremos hablar de política, sino fijar siempre la vista en la religión, ¿hay cosa más ridícula y más inoportuna que oír decir á los progresistas de *La Iberia* que defienden la doctrina del Crucificado?

¡Perdonadles, Señor, que no saben lo que se dicen!

Mucho más pronto se coge á un embustero que á un cojo, dice el adagio, y es verdad.

Ejemplo que lo demuestra, *La Democracia* en un artículo IV titulado *Historias* que publica hoy y que dice encaminado á refutar el correctivo que pusimos á otro que publicó bajo igual epígrafe; que al hablar de cierto poder «no se refería ni á la Iglesia católica, ni á los cristianos».

Y á renglón seguido localiza la prueba de sus ataques en el año 1532 de nuestra Era, y declara que el poder á que se refería era la *teocracia*.

¿Quiere decirnos *La Democracia* si el siglo XIV de la Era cristiana debe ó no contarse en la cronología de los siglos cristianos?

¿Querá *La Democracia* aclararnos el misterio que encierra su negativa de hoy de que al hablar de la *teocracia* no se refiere á la Iglesia católica, y su sistema de usar esta frase para atacar todos los actos que, como la última Enciclica, proceden personal y exclusiva y potestativamente del Supremo Gerarca del catolicismo?

Desengañese *La Democracia*, ciertas habilidades podrán valer para embaucar á lectores vulgo; pero á los que estamos fijos en nuestro puesto, estudiando las arterias revolucionarias, no le es fácil sorprendernos.

Puede sin embargo suceder que *La Democracia* piense dar un nuevo giro á su literatura, y que de escandalosa la transforme en hipérita.

En este caso, le advertimos amistosamente que pierde el tiempo.

La Discusión, por un lado, y nosotros por otro; aquella ántes los demócratas, y nosotros ántes los católicos, la hemos de estar cotidianamente desenmascarando.

Se necesita verdaderamente toda la desentrenada osadía que el infierno sabe inspirar á sus secuaces, para tener valor de quejarse y de quejarse en tono de acusación, como hoy lo hace el periódico socialista, de que la autoridad civil haya prohibido circular el enjendro de unos cuantos *despreocupados*, que tienen la ridícula pretensión de hacernos tragar al resto de los españoles, ayer sus impías y bárbaras teorías, hoy los ensueños de una imaginación enferma y mañana por último sus sandeces.

Poco á poco, señores demócratas; por hoy somos á Dios gracias el mayor número, y el Gobierno de S. M. habría faltado á uno de sus más sagrados deberes si, por no detenernos en vuestras locuras, hubiera dejado escandalizarse á toda España con la publicación de vuestro *Almanaque*. Para muestra basta y sobra el del año pasado, que en él os mostrásteis tales cuales sois: ayudas de cámara de S. M. el rey de las tinieblas.

No os asombréis; antes de ahora os lo había dicho un padre de la Iglesia: *vos á padre diabolo estis*.

En el mes de Enero la Iglesia nos recuerda á unos Reyes que adoraron al Salvador del mundo.

Los progresistas han querido que en su calendario se pusiese en el mes de Febrero á los pueblos adorando al salvador de España.

En Barcelona este año los devotos progresistas han dedicado según costumbre una fiesta á su patrono, pero han querido que hubiese advenimiento, principiando las ceremonias cinco días ántes de la función principal.

Hubo una de teatro en el Liceo de aquella

ciudad, que siendo de progresistas está dicho que fué sainete continuado. El progreso pedía himno de Riego en los intermedios, y la autoridad se lo concedió, convirtiéndose el teatro en un campo de Agramante.

Pero á algún enemigo de Espartero y de los progresistas le ocurrió mostrar al pueblo desde un palco el retrato del conde-duque, y alborozados los espectadores principiaron á subir al palco donde estaba la venerable imagen y por delante y por detrás la llenaron de devotos besos.

El Calendario antiguo, sin embargo, se ha vengado este año de las innovaciones de santos improvisados que los progresistas introducen, haciéndolo caer en día de Carnaval. De este modo pueden decir: segundo día de Carnaval, la fiesta de Espartero.

La verdad es, no obstante, que en cualquier día del año en que se celebre la fiesta de don Baldomero, es de seguro día de Carnaval.

Vayan besando á su patron, que idolo es digno de los adoradores y los adoradores de tal idolo.

Sobre si almorzaron ó no almorzaron juntos los hombres de la democracia y los del progreso, se dudaba hace pocos días; pero parece está ya fuera de duda que no sólo estuvieron sentados á una misma mesa los redactores de *La Iberia* y de *La Democracia*, sino que han creído conveniente la fusión hasta de sus principios, reconociendo como su jefe al general Prim.

Por nuestra parte, sólo nos ocurriría decir que podrán haberse fundido los principios en la fonda, pero que hace tiempo estaban fundidos en la prensa y en la conducta de los dos partidos, y que no estarán fundidos jamás en el día en que hayan de servir y hacer las partes, cuando se sienten á la mesa del presupuesto ó á la mesa de la nación.

La Discusión, que no es de los demócratas que hacen migas con los progresistas, cree que en el pecado de ese contubernio llevan ya los demócratas la penitencia, como se ve en las líneas que siguen:

«Si hubiera demócratas capaces de pensar como el diario noticioso supone, ningún castigo podrían tener mayor que el de aceptar la jefatura de un hombre, y de un hombre como el que ametralló á Barcelona en 1843».

Damos el parabién á los unos por su almuerzo, su fusión y sus principios, y á los otros por ver castigados á los fusionados con la jefatura del marques de los Castillejos, grande de España, que no es flojo castigo.

Ha llegado á esta corte, procedente de París, el señor D. Carlos Mikoszewski, Presbítero, Canonigo honorario, presidente del *Comité polaco de socorros fraternales*, que se ha dirigido á nuestra patria esperando de los hidalgos y generosos sentimientos de los españoles que el pensamiento del inicado Comité encontrará en ella acogida.

Los socorros que se recaudan se destinan indistintamente al alivio de los infelices polacos, de cualquier condicion, que emigrados ó encarcelados sufren las terribles consecuencias del despotismo moscovita.

Conocidas como son de nuestros lectores nuestras simpatías por la causa de la infeliz Polonia, prescindiendo de toda otra consideración para excitarlos á que concurren en cuanto les sea posible al alivio de los desgraciados polacos.

El Sr. Mikoszewski vive en la calle de Preciados, número 3, cuarto 2.º de la izquierda.

SUSCRICION Á FAVOR DE LOS DESGRACIADOS POLACOS.

| | Reales. |
|------------------------|---------|
| Suma anterior (1). | 944 |
| Luis Badal (Valencia). | 200 |
| Total. | 1144 |

cuya cantidad de mil ciento cincuenta y cuatro reales hemos tenido el gusto de entregar al Presbítero Carlos Mikoszewski, presidente del comité polaco de socorros fraternales, que se ha dignado dirigirnos la comunicación siguiente:

Sociedad de Sacerdotes de Polonia para auxilio de sus hermanos.—Núm. 69.

«Señores redactores: Al acusar á Vds. el recibo de la cantidad de mil ciento cuarenta y cuatro reales, que me ha sido remitida por la redacción de *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*, como producto de la suscripción abierta por ese periódico á favor de los emigrados polacos, creo deber mio expresar á Vds. y á los donantes mi más afectuoso reconocimiento.

Dignese el Dios de la justicia y de la misericordia recompensar y colmar de bienes á cuantos tienden la mano á los desgraciados.

Reciban Vds. señores redactores la seguridad de mi más distinguida consideración.—De Vds. humilde servidor en Nuestro Señor Jesucristo.—El presidente del comité polaco de socorros fraternales.—El Presbítero Carlos Mikoszewski, Canonigo honorario y Cura.—El secretario, Leonard.

Madrid 27 de Febrero de 1865.—Señores redactores de *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*.

Continúa abierta esta suscripción en las oficinas de nuestro periódico.

Se ha dicho alguna vez: «Se van á suprimir los días festivos» y en cóno unánime ha contestado la prensa liberal: «¡Fuera! los días festivos perjudican al comercio, aumentan la pobreza, etc., etc.»

¿Cómo se explica, pues, que cuando á más de

(1) Véase nuestro número del 15 de Octubre de 1864.

